

rán á la barbarie. Toda su industria y todo su comercio hállanse en manos de extranjeros: ingleses, yanquis y alemanes. Valparaíso ha venido á ser una población inglesa; y en Chile no quedaría nada si se le quitase el baño que le prestan los extranjeros. Gracias á éstos, aquel país conserva el barniz exterior de civilización que aún engaña á la Europa. La República Argentina cuenta 4 millones de blancos, de origen español, y acaso no haya uno solo de ellos á la cabeza de una empresa industrial de verdadera importancia.

Esta espantosa decadencia de la raza latina abandonada á sí misma, frente á frente de la prosperidad de la raza inglesa establecida en un país vecino al que aquélla ocupa, es una de las más sombrías, más tristes y más instructivas experiencias que se pueden invocar en apoyo de las leyes psicológicas que yo he expuesto.

CAPITULO III

CÓMO LA ALTERACIÓN DEL ALMA DE LAS RAZAS MODIFICA LA EVOLUCIÓN HISTÓRICA DE LOS PUEBLOS

La influencia de elementos extranjeros transforma necesariamente el alma de una raza y por tanto su civilización.—Ejemplo de los romanos.—La civilización romana no fué destruída por las invasiones militares, sino por las invasiones pacíficas de los bárbaros.—Los bárbaros nunca pensaron destruir la civilización romana.—Sus invasiones no tuvieron el carácter de conquistas.—Los primeros jefes francos se consideraron siempre como funcionarios al servicio del imperio romano.—Ellos respetaron siempre la civilización romana y no pensaron sino en continuarla.—Hasta el siglo VII los jefes bárbaros de las Galias no dejaron de considerar á los emperadores de Roma como sus soberanos.—La transformación completa de la civilización romana no fué el efecto de una destrucción, sino la adopción de una civilización antigua por una raza nueva.—Las invasiones modernas en los Estados Unidos.—Luchas civiles y separación en Estados independientes y rivales que se preparan.—Las invasiones de los extranjeros en Francia y sus consecuencias.

Los ejemplos que hemos citado demuestran que la historia de los pueblos no depende de sus instituciones, sino de su carácter; es decir, de su raza. Además hemos visto, estudiando la formación de las razas históricas, que el cruzamiento produce su

disolución, y que los pueblos que han conservado su unidad y su fuerza, como de antiguo los arios en la India y en los tiempos modernos los ingleses, son aquellos que han evitado cuidadosamente mezclarse con extranjeros. El contacto con extranjeros, aunque sea escaso, es bastante para alterar el alma de un pueblo. Ella le hace perder su aptitud para defender los caracteres de su raza, los monumentos de su historia, las obras de sus mayores.

De lo que precede surge esta conclusión: si los diversos elementos de una civilización son la manifestación del alma de un pueblo, es evidente que desde el momento en que el alma de ese pueblo cambia, su civilización debe igualmente cambiar.

La historia del pasado nos ha facilitado muchas pruebas de esto y la del porvenir nos facilitará más aún.

La transformación progresiva de la civilización romana es una de las más admirables que se puedan citar. Los historiadores nos presentan generalmente este suceso como un efecto de la invasión destructora de los bárbaros; pero un estudio más atento nos enseña, de una parte, que éstos fueron invasores pacíficos y nunca guerreros que amenazaran la tranquilidad del imperio; de otra parte, que lejos de querer destruir la civilización romana fueron sus respetuosos admiradores é hicieron lo posible por adoptarla y continuarla. Hicieron esfuer-

zos por apropiarse su lengua, sus instituciones y sus artes. Hasta bajo los últimos merovingios procuraron aún continuar aquella gran civilización de que habían sido herederos. Todos los actos del gran emperador Carlomagno, están inspirados en este pensamiento.

Pero sabemos que tal aspiración era irrealizable: faltábales á los bárbaros muchos siglos de existencia todavía para formar, mediante crúzamientos repetidos é idénticas condiciones de vida, una raza un poco homogénea; y cuando tal raza estuviese formada, ella poseería, por este solo hecho, artes nuevas, nueva lengua y nuevas instituciones y, por tanto, una nueva y completa civilización. El gran recuerdo de Roma no dejó de pesar en la formación de esta civilización nueva, entre los pueblos bárbaros; pero en vano fué que se hicieron muchas reproducciones y muchos ensayos para hacerla revivir; en vano el Renacimiento intentó la reviviscencia de sus artes y la Revolución la reaparición de sus instituciones.

Los bárbaros, que invadieron progresivamente el imperio romano durante el primer siglo de nuestra Era, no tuvieron ni la más remota idea de destruir su civilización y acabar por absorberla, sino únicamente de proseguirla. Aunque ellos no hubiesen combatido jamás á Roma y se hubieran limitado á mezclarse más y más con los romanos, cada día menos numerosos, el curso que siguió la histo-

ria no hubiera, por eso, cambiado: ellos hubieran destruído de todas maneras el imperio; el simple cruzamiento, su mezcla con los latinos era bastante á destruir el alma romana. Se puede bien decir que la civilización de Roma no ha sido nunca destruída, sino que ha continuado á través del tiempo transformándose por consecuencia de haber caído en manos de razas diferentes de la que le dió vida.

Una simple ojeada sobre la historia de las invasiones bárbaras es bastante para convencernos del fundamento de lo que precede.

Los trabajos de los eruditos modernos, y especialmente de Fustel de Coulanges, han comprobado que fueron las invasiones pacíficas de los bárbaros y no las invasiones agresivas — rechazadas aun por los bárbaros mismos que estaban á sueldo del imperio — las que produjeron el progresivo desvanecimiento del poder romano. Desde el tiempo de los primeros emperadores se introdujo en Roma la costumbre de emplear á los bárbaros en el ejército, y esta costumbre se acentuó más á medida que los romanos se iban haciendo más ricos y por consiguiente, más refractarios al servicio militar; y al cabo de algunos siglos, así en el ejército como en la administración pública, no había más que extranjeros. Los visigodos, los borgoñones, los francos, fueron soldados federados, al servicio de Roma.

No teniendo ésta á su servicio ya más que bár-

baros y estando sus provincias gobernadas asimismo por jefes bárbaros, era de esperar que éstos, poco á poco, se fuesen haciendo independientes del imperio. Y no obstante serlo ya, Roma ejercía tal influjo en su ánimo, con su inmenso prestigio, que ninguno de ellos llegó jamás á tener la idea de destruir al poderoso imperio, aun habiendo caído en sus manos el poder político de éste.

Uno de aquellos jefes, Odoacro, rey de los hérulos, al servicio y á sueldo del imperio, se apoderó y enseñoreó de Roma, en 476, y se apresuró á solicitar del emperador, residente en Constantinopla, autorización para gobernar la Italia, con el título de patricio. De análoga manera procedieron otros jefes bárbaros, y todos ellos fué á nombre de Roma como gobernaron las provincias. Jamás tuvieron la idea de disponer soberanamente del suelo del imperio ni de tocar á sus instituciones. Clovis se consideró como un funcionario romano y se ufano de haber obtenido del emperador el título de cónsul. Treinta años después de su muerte, aún recibían sus sucesores las leyes dictadas por el emperador, y se creían de todo punto obligados á hacerlas observar. Hasta el siglo VII no osaron los jefes bárbaros de las Galias hacer grabar su busto en las monedas, que acuñaban desde hacía mucho tiempo y en las cuales hasta entonces habían hecho imprimir la efigie del emperador. Hasta esta época no se puede decir que las poblaciones de

las Galias dejasen de considerarse como súbditas de los emperadores. Hacen, pues, los historiadores comenzar doscientos años antes de lo debido la historia de Francia y señalan una docena de reyes de más.

Nada se parece menos á una conquista que las invasiones de los bárbaros, puesto que las poblaciones invadidas conservaron sus leyes, sus tierras y sus idiomas, caso que no se da en las verdaderas conquistas, como, por ejemplo, la efectuada de Inglaterra por los normandos.

Es probable que la desaparición del poder de Roma fuese tan gradual y paulatina, que los contemporáneos respectivos de las etapas de semejante suceso no se diesen cuenta de él. Las provincias estaban acostumbradas ya, por la secular repetición del caso, á ser gobernadas por jefes que llevaban la representación de los emperadores. Muy progresiva y lentamente, aquellos jefes acabaron por obrar de propia cuenta. Nada, pues, cambió. El mismo régimen se prolongó bajo los nuevos dueños, durante toda la época merovingia (1).

Por esta repetición eterna de las mismas cosas, que parece ser la más sólida de las leyes de la

(1) El gobierno merovingio — escribe Fustel de Coulanges — es en más de sus tres cuartas partes la continuación del que el imperio romano había dado á la Galia... Nada tiene de feudal el gobierno de los merovingios.

historia, tal vez estemos llamados á contemplar en nuestros días invasiones análogas á aquellas que afectaron á la transformación de la civilización romana. Dada la extensión que alcanza en el espacio la civilización moderna, puede parecer que ya no hay bárbaros, ó al menos que los bárbaros, sumidos allá en el fondo del Asia y en el de Africa, están lo bastante lejos para no ser muy temibles. Seguramente no hay por qué temer su invasión, y si son temibles alguna vez, será por la concurrencia económica que harán á la Europa algún día. No es, pues, de ellos de quienes ahora se trata; y aunque los bárbaros parecen estar bien lejos, están, sin embargo, cerca; mucho más cerca que en la época de los emperadores romanos. Es en el seno mismo de las naciones civilizadas donde se hallan. Por efecto de la complejidad de la civilización moderna, de la diferenciación progresiva de los individuos, de la cual he hablado, cada pueblo tiene una gran cantidad de elementos inferiores incapaces de adaptarse á una civilización demasiado elevada para ellos (1). Es un enorme amontonamiento de degradados, cuya invasión será terrible para los pueblos que la experimenten.

Es hacia los Estados Unidos de América donde se dirigen hoy, como de común acuerdo, estos nue-

(1) Como lo es la propia y adecuada de las gentes cultas del mundo civilizado, en la actualidad. (N. del T.)

vos bárbaros, y está por ellos seriamente amenazada la civilización de aquella gran república. Mientras la inmigración extranjera ha sido allí compuesta casi exclusivamente de ingleses, la absorción ha sido fácil y útil. Ella ha producido la grandeza admirable del país. Hoy los Estados Unidos están sometidos á una gran invasión de elementos inferiores, que aquéllos no quieren ni pueden asimilarse. Entre 1880 y 1890 han ido allá más de 6 millones de emigrantes, casi exclusivamente compuestos de trabajadores mediocres de todas las procedencias. Chicago, sólo tiene una cuarta parte de su población compuesta de americanos. Esta ciudad contiene 400.000 alemanes, 220.000 irlandeses, 50.000 polacos, 55.000 tchecos, etc. No existe fusión alguna entre estos emigrantes y los americanos. Ni siquiera se toman aquéllos el trabajo de aprender la lengua de su nueva patria, y viven agrupados en colonias formadas por comunidades de nacionalidad de origen, é invertidos en trabajos mal retribuidos. Constituyen una gran masa de descontentos y por lo mismo de enemigos del país en que viven. En la reciente huelga de los caminos de hierro se propusieron incendiar á Chicago, y hubo necesidad de ametrallarles sin piedad. Sólo entre ellos recoge allá sus adeptos un socialismo nivelador y grosero, acaso realizable entre los débiles pueblos de Europa, pero repugnado y rechazado enérgicamente por

los verdaderos americanos. Las luchas que este socialismo engendrará sobre el suelo americano será lucha de razas que alcanzan diferente nivel en su evolución.

Parece seguro que en la guerra civil que se prepara entre la América de los americanos y la América de los extranjeros, el triunfo no estará del lado de los bárbaros. Esta lucha gigantesca se terminará por una hecatombe que, en gran escala, reproducirá la destrucción de los cimbrios por Mario. Si la lucha se retarda y la invasión continúa, la destrucción no podrá ser total. El destino de los Estados Unidos será probablemente entonces como el del imperio romano; es decir, una separación de las provincias actuales de la república en Estados independientes, tan opuestos y tan frecuentemente dados á la guerra, como los de Europa y los de la América española.

No sólo á la América amenazan tales invasiones. Hay en Europa un Estado, Francia, que se halla también amenazado del mismo mal. Es un país rico, cuya población nacional no se aumenta, rodeado de países pobres, de los cuales la población se acrecienta de continuo. La inmigración de nuestros vecinos es fatal para Francia, tanto más fatal cuanto las exigencias crecientes de nuestros obreros la hacen necesaria para las atenciones de la agricultura y de la industria.

Las ventajas que encuentran los aludidos emi-

grantes en nuestro suelo son evidentes: exención del servicio militar; poca ó ninguna imposición de impuestos, dada su cualidad de nómadas extranjeros; un trabajo más fácil y mejor retribuído que en sus países respectivos. Y no sólo se dirigen á nuestro país porque sea más rico, sino en parte forzados á ello porque la mayoría de los demás Estados toman con frecuencia medidas para rechazarles. La invasión extranjera es más de temer, porque la constituyen elementos de suma inferioridad, individuos que no llegando á bastarse á sí mismos en su patria, emigran. Nuestros principios humanitarios nos condenan á soportar una creciente invasión de extranjeros. Hace cuarenta años no llegaban estos inmigrantes al número de 40.000; hoy pasan de 1.200.000 individuos, y cada día es mayor que el anterior la cantidad de los que llegan. Si sólo se considera el número de italianos que hay en Marsella, ésta podrá calificarse con razón de colonia italiana. Italia no posee ninguna colonia que contenga tan elevado número de italianos. Si las condiciones actuales no cambian, es decir, si estas invasiones no se contienen, llegará pronto un tiempo en que un tercio de la población de Francia será italiano y otro tercio, alemán.

En condiciones semejantes, ¿cambia la unidad substancial ó simplemente las condiciones de existencia de un pueblo?

Los mayores desastres sufridos en los campos

de batalla serían menos perjudiciales para los pueblos que tales invasiones (1). Un instinto superior fué aquel que enseñó á los pueblos antiguos á considerar peligrosos para sí á los extranjeros. Sabían muy fundadamente que el valor de un país no se mide por el número de sus habitantes, sino por el de sus ciudadanos.

Vemos, pues, una vez más, que la base de todas las cuestiones históricas y sociales se halla siempre en el inevitable problema de las razas. Este problema domina todos los demás.

(1) Son estas invasiones la consecuencia de ciertos fenómenos económicos contra los cuales nada podemos hacer: es imposible impedirlos. Se podrá, sin embargo, tomar ciertas medidas que permitirán al menos dominarlas, tales como servicio militar obligatorio en la legión extranjera para todos los extranjeros menores de veinticinco años que lleven dos de estancia en nuestra nación; tasa militar para los de más edad; impresión casi absoluta de la naturalización; impuesto del cuarto de la renta ó del salario para todos los extranjeros, naturalizados ó no, establecidos en Francia desde hace menos de cincuenta años.

Se podrá considerar como digno de que la patria, agradecida, le eleve una estatua al diputado que hiciere votar una ley así.
